



HOMILÍA EN LA FESTIVIDAD DE NTRA. SRA. DE LA MERCED, PATRONA DE LA CIUDAD DE JEREZ

24 de septiembre de 2009

Querido Cabildo Catedral; Excm^a Sra Alcaldesa y Corporación Municipal de la Ciudad de Jerez; Rvdo P. Prior del Monasterio; queridos sacerdotes, familias jerezanas y hermanos todos en el Señor:

Hoy hemos venido a venerar a la **Virgen de la Merced** como **Patrona de nuestra Ciudad**. Hablar de Patrona es lo mismo que decir que Ella es nuestra defensora y nuestra protectora. Es la que nos cuida, la que nos protege, la que nos ampara y nos ayuda. No solamente en las circunstancias extraordinarias, sino en todos los momentos de nuestra vida.

Es por ello que sigue teniendo sentido toda esta celebración. Incluso, podemos decir que hoy, ante la turbulencia cultural que la que estamos inmersos, es más necesario que nunca. De hecho, vivimos en unos tiempos en los que se va generalizando cada vez más el pensamiento que considera que **"no hay nada definitivo"** y que deja como última medida **"el propio yo y sus caprichos"**, destruyendo peligrosamente valores fundamentales e imprescindibles para una convivencia sana en la sociedad, creando una sensación de inestabilidad en todos los órdenes de la vida.

Así vemos amenazado, el valor absoluto de la persona humana -varón y mujer- **"creados a imagen de Dios"**, en relación complementaria e iguales en su dignidad.

Igualmente el valor eterno de la vida humana, el deber de transmitirla, la grave responsabilidad que tenemos de cuidarla, defenderla y promoverla; sobre todo, de la violencia estructural, que en estos momentos de crisis golpea a los sectores más vulnerables de nuestra sociedad, como son los pobres.

A su vez ¡Qué dolor provoca ver a los jóvenes, expuestos a la droga y al alcohol, víctimas de la inmadurez e irresponsabilidad de algunos adultos, ante una sociedad que no termina de hacerse cargo de este flagelo! A esto se suma la violencia que legitima la eliminación de la vida del niño por nacer.

Todo esto nos entristece y queremos compartirlo en esta mañana con la Santísima Virgen. Pero no para entrar en el pesimismo, sino todo lo contrario para que Ella en su **"merced"** nos abra el camino de la esperanza: para dejarnos mirar por su cara morena, que nos alienta a emprender de nuevo el trabajo de la evangelización de nuestro pueblo, que no es más que mostrar claramente que Dios es un Dios **"rico en misericordia"**, que se nos presenta como un niño en brazos de su Madre para no avasallarnos y parra seducirnos con su dulzura y humildad.

Saber mostrar al hombre de hoy que la merced -la gracia-, más grande que podemos recibir, es precisamente la vida de Dios. Y lo peor que nos puede pasar es olvidar que la vida es

un **"don"**. Es **"merced"** de Dios, que nos creó a su imagen y nos rescató del pecado y de la muerte por Jesucristo, al alto precio de la cruz. Cuando se olvida que la vida es merced de Dios, ya no hay a quién serle fiel. La ausencia de fidelidad permite sólo acuerdos pasajeros entre soledades sin proximidad. Por eso, una sociedad sin Dios, es una sociedad de hombres solitarios, egoístas y agresivos.

Ante este peligro, hoy más que nunca es urgente recuperar la convicción de que la fe en el Dios de Jesucristo es fundamento de la auténtica libertad y condición esencial para un desarrollo equitativo y justo de la sociedad. Porque el Dios cristiano no es un Dios lejano y solitario. Es Jesucristo, el Hijo de Dios, que **"se hizo carne"** en María, cercano y hermano de todos los hombres y mujeres. En ella, la Virgen hecha Iglesia, junto a la cruz, somos engendrados, ya no como individuos aislados, sino como **"Pueblo de Dios"**, hermanos y hermanas en Jesús y con Él hijos de Dios.

Hablar de **Merced** es hablar de misericordia y es mirar a María que, como buena Madre, nos da siempre una lección no con muchas palabras, sino con muchos hechos de amor. Así, la primera vez que aparece en la vida pública de su Hijo, la Virgen María nos enseña a estar atentos, con una mirada delicada para descubrir lo que el hermano necesita **"no tienen vino..."**, acercando las necesidades del hermano al Señor; pero también acercando al hermano necesitado a Jesús.

Ella nos muestra cómo compartir no es sólo una acción con la que doy algo de mis bienes, sino que es una actitud de vida que nace del hacerme solidario con el otro. Compartir es dar al otro mi propia vida pues siento la vida del otro como propia.

María no se limita a socorrer al hermano en su necesidad material, también la Virgen comparte su fe, invita a creer y confiar en Jesús: **"Hagan todo lo que les diga"** sabiendo que su Hijo es la clave para que el agua del egoísmo se transforme en el vino del amor y la alegría.

Es eso lo que necesita nuestra sociedad: muchos hombres y mujeres llenos de Merced, hombres y mujeres que le digan cada día ¡"María enséñanos a compartir"!.

En la cruz de nuevo vemos a María como la verdadera Madre que, al igual que a San Juan, nos invita a cogernos de su mano para no huir ante las dificultades, sino que sintiéndola como una Madre cercana nos lancemos a llevar esa **"sabiduría de la cruz"** a la humanidad. Sabiduría de la cruz que implica llenar el mundo de amor a los débiles, a los pobres, a los enfermos, a los que no cuentan. Es eso lo que necesita nuestra sociedad hombres y mujeres que beban del costado de su Hijo para construir un mundo más justo.

Concluyendo, mientras contemplamos a la Madre de Dios, bajo la cálida y familiar advocación de **Nuestra Señora de la Merced**, reconocemos agradecidos el don de la vida, de la familia, de las instituciones y de nuestra historia.

Agradecemos a la Excm. Sra. Alcaldesa su presencia y su renovación del juramento de la Ciudad de Jerez a la Virgen de la Merced. Mi agradecimiento a ese ir construyendo la convivencia entre nosotros sobre un laicismo positivo en el que tienen mucho que decir Andalucía y nuestra Ciudad, sus Hermandades y tradiciones.

De hecho, renovar el juramento a la Merced no es más que unirnos de la mano todos los hombres y mujeres de buena voluntad que creemos en unos valores y que sabemos que nuestras

Instituciones y nuestra democracia están fundamentadas en el respeto de la dignidad y de la igualdad de todos los seres humanos. Al mismo tiempo, en Ella siempre encontramos amparo frente al peligro, consuelo en el dolor y fortaleza en la esperanza.

A Ella recurrimos, como lo hemos hecho tantas veces, suplicando que nos enseñe a tener la sabiduría del discípulo y la audacia del misionero de Jesucristo, que sabe que con Él hay luz, hay esperanza, hay amor y hay futuro. Así sea.

+ ***José Mazuelos Pérez***
Obispo de Asidonia-Jerez